

*La costa  
de los naufragios*

*La costa de los naufragios*

Título original: *A Castaway in Cornwall*

© 2020 by Julie Klassen

Originally published in English under the title *A Castaway in Cornwall*  
by Bethany House Publishers, a division of Baker Publishing Group,  
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Matilda Delves/Trevillion Images (joven en la costa);  
(xxxxxx, contra)

Primera edición: febrero de 2022

Depósito legal: M-1

ISBN: 978-84-17626-57-0

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Julie Klassen*

*La costa  
de los naufragios*



Libros de  
*seda*



*Para Marietta y Ted Terry,  
guerreros de la oración y amigos, con amor y gratitud*



«Durante las inclemencias de ayer, tres buques naufragaron, azotados por las olas, cerca de Trebetherick Point y quedaron destrozados».

*West Briton*, febrero de 1818

«La noche más oscura el cielo envolvió,  
las olas del Atlántico bramaban con fuerza,  
cuando un infortunado como yo  
fue arrojado por la borda de cabeza,  
de amigos, de esperanza, de todo despojado,  
su hogar flotante por siempre abandonado».

WILLIAM COWPER, *The Castaway* (1799)

«¿Qué mujer, si tiene diez monedas y se le pierde una de ellas, no enciende una lámpara y barre la casa y la busca afanosamente hasta que la encuentre? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo, porque ya encontré la moneda que se me había perdido!”».

LUCAS, 15:8-9 (BLP)





# Prólogo

*Octubre de 1813.*

*Norte de Cornualles, Inglaterra*

¿**R**esto o desecho?  
De acuerdo con el pesado y viejo volumen del *Diccionario* del doctor Johnson que descansa en el gabinete de mi tío, «resto» es cualquier bien que se hallare flotando en el mar allí donde un barco se hubiere hundido o naufragado, mientras que «desecho» es cualquier objeto arrojado intencionadamente por la borda de un barco en caso de peligro con la esperanza de salvarlo o, al menos, aligerar la carga.

Casi a diario recorro la orilla, ojo avizor a cualquiera de los dos.

Camino, y aun en ocasiones salto, de la roca al peñasco, de la playa al arenal. Buscando, buscando, siempre buscando, la mirada puesta no en el insondable horizonte ni en los cielos, sino en la útil tierra bajo mis pies. Arriba y abajo, siempre adelante, atravesando los escollos, las escurridizas arenas, las lajas de pizarra, sin un atisbo de duda ni un traspié.

Me rodea el sonido del mar. No es un rugido, sino un ritmo, un rumor de agua, un rasgueo como de cuerda al vibrar, un latido acelerado. El Atlántico viene y va, acaricia y azota las rocas con su percusión, acompañado tan solo del graznido lastimero de las gaviotas.

Aun cuando ya asoma el frío cortante del otoño, brotan estoicas las delicadas flores —con su púrpura, naranja, blanco— en la roca por lo demás estéril. Belleza en mitad de la adversidad. Vida donde nada debería prosperar.

¿Podría decir lo mismo de mí? ¿Prospero o apenas sobrevivo?

En ocasiones me pregunto cómo he acabado aquí, en Cornualles, tan lejos del hogar de mi infancia. Me siento como un náufrago, flotando a la deriva tras la lejana muerte de mis padres, carente de respuestas. ¿Obedece todo esto a algún plan? ¿De veras Dios tiene mi destino en sus manos o mi vida no ha sido sino fruto del azar, arrastrada por la marea misteriosa de la casualidad?

No pertenezco a este lugar, pero aquí estoy. Arrojada en esta orilla extraña con sus extrañas costumbres. Aquí, a quien no sea nacido y criado en Cornualles se lo mira con desconfianza y se lo considera forastero. Yo, que llevo viviendo entre ellos ocho de mis veintitrés años, todavía no soy de los suyos... y dudo que jamás vuelva a ser de ningún lugar.

De pie sobre la roca, mientras el viento arremete contra mi sombrero, me pregunto una vez más: ¿soy un resto o un desecho?

# Capítulo 1

«El pasado lunes, el bergantín *Star of Dundee* naufragó cerca de Padstow. El bote que los cinco miembros de la tripulación abordaron no tardó en irse a pique y, desgraciadamente, todos perecieron ahogados».

*West Briton,*  
noviembre de 1811

— ¡**L**aura! —exclamó Eseld desde el sendero litoral que asomaba por encima de la playa—. *Mamm* está enojada y exige que regreses de inmediato. Has vuelto a dejar algo en mal estado en la mejor cazuela de Wenna.

Laura sintió una repentina aprensión. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—Puse en remojo un monedero de piel que me había encontrado —respondió—. Con el cuidado adecuado, podía recuperarse.

—Ya sabes que el único monedero que le interesa a *mamm* es el que está bien lleno. ¡Venga!, que no quiero que acabe enojada también conmigo.

Laura suspiró y tomó su cesta.

—Ya voy.

Mientras ascendían con dificultad por el empinado sendero que conducía a Fern Haven, Eseld dijo:

—No sé cómo puedes bajar aquí cada día. Otra cosa sería si encontrases oro u objetos de valor que pudiéramos vender.

Laura no le recordó a la joven, de veintiún años, que sí había vendido varios objetos al anticuario y tratante de curiosidades de Pads-tow. No es que hubiera ganado una fortuna, pero había contribuido a su propia manutención y comenzado a ahorrar para el viaje que soñaba con emprender algún día.

Antes de vender nada, sin embargo, Laura se sentía en el deber de esperar «un año y un día», como estaba prescrito, por si acaso los dueños aparecieran para reclamar su propiedad. Eseld siempre meneaba la cabeza y repetía como un loro el dicho local: «Ojos de aduanero que no ven, corazón que no siente».

Hasta el tío Matthew, un amable pastor, no veía problema alguno en apropiarse de nada que hubiera llegado hasta la orilla en las inmediaciones de Fern Haven.

—Es fruto de la generosidad de nuestro Señor, hija mía. No es como si estuviéramos robando —decía—. Esas cajas y los barriles vienen a nosotros. Son un regalo del Dador de todo bien.

Entre los traicioneros escollos de Trevose Head, Stepper Point o Doom Bar y los farallones que despuntaban en la playa de Greenaway, los naufragios eran algo habitual; se cobraban numerosos barcos y aún más vidas. De hecho, desde Trebetherick Point, cerca de casa, Laura podía ver entre las rocas los restos de más de un naufragio, esqueletos de madera medio enterrados en la arena, como si fuesen la espina dorsal y las costillas de antiguas aves gigantes. Un gran número de viviendas y edificaciones de la zona se habían construido con la madera recuperada.

Al llegar a Fern Haven, una casa encalada de dos plantas con tejado a dos aguas y ventanas abuhardilladas, atravesaron la cancela,

también construida con madera de antiguas embarcaciones, y subieron los escasos escalones que conducían al porche.

—Límpiate los pies —le advirtió Eseld, con tono tan imperioso como el que solía usar su madre.

Obedeciéndola, Laura se quitó la mayor parte de la arena y restos de algas adheridos a sus gastados botines.

Al detenerse, oyeron voces dentro.

La madre de Eseld, la señora Bray decía:

—Muchas gracias por su amable invitación, señor Kent. El señor Bray y yo, así como la señorita Eseld, estaremos encantados de cenar con ustedes.

Una voz masculina dijo en tono más bajo algo que incluía su nombre.

—No, no creo que Laura quiera venir —respondió la señora Bray—. No le gustan las reuniones familiares, al no ser una de nosotros. Y creo que está incubando un resfriado. Lo mejor será que se quede en casa, sobre todo ahora que el tiempo se está poniendo especialmente frío.

Eseld puso los ojos en blanco, sonrió a Laura con picardía y abrió la puerta de golpe.

—Ya estamos en casa, mamá querida —canturreó antes de guiñarle un ojo a Laura y entrar con desenvoltura en la modesta sala de estar, donde la señora Bray hablaba con dos visitantes: el rubio y apuesto Treeve Kent y su hermano menor, Perry.

—Ah, aquí está Eseld —dijo Lamorna Bray, con una sonrisa que se desvaneció en cuanto se dirigió a Laura—. Pero, chiquilla, estás hecha un adefesio. Tienes la cara casi tan colorada como esa maraña de pelo. Has estado deambulando otra vez por la playa, ¿verdad?

—Yo... Sí.

—¿Por qué tienes que andar correteando por el campo? Menudo aspecto descuidado tienes... ¡cuánto desaliño!

Laura notó un súbito calor en las mejillas, pero Treeve Kent le sonrió.

—La verdad, señora, creo que el ejercicio le ilumina los ojos y la complexión, y su cabello tiene un aspecto inmejorable.

¿Acaso el atractivo joven se burlaba de ella? Laura estaba segura de que así era.

—Perdón —dijo—. No me di cuenta de que esperábamos visita.

—Me temo que hemos venido sin avisar de antemano —respondió Treeve—. Algo imperdonable para una señorita de ciudad, supongo.

—No... No sabría decir —balbuceó.

Cuando era niña había vivido en Oxford, no en Londres, pero los jóvenes de la zona a menudo la llamaban «chica del interior» o «señorita de ciudad», como si fuera un grave insulto.

Treeve se volvió a su hermano, un joven callado, moreno y de menor estatura.

—Hablando de modales, no estoy seguro de que conozca a mi hermano, Perran. Ha pasado fuera la mayor parte del tiempo que lleva usted aquí, creo, en la universidad o practicando en Guy's.

Laura sabía que Guy's and Saint Thomas era un hospital clínico de Londres. Su propio padre había sido residente allí.

—Sí que nos conocemos —repuso Laura—. Aunque no creo que él lo recuerde.

El hombre le sonrió con timidez.

—Sí que la recuerdo, señorita Laura.

—¿Y a mí? —preguntó Eseld, atusándose con coquetería los rizos rubios que le enmarcaban la faz.

—Por supuesto que la recuerdo, señorita Eseld —respondió Perry con una reverencia.

La joven replicó el gesto con una sonrisa que hizo destacar sus hoyuelos.

Treeve continuó:

—Hemos venido a invitarles a cenar a casa. A todos.

Se hizo un silencio incómodo, subrayado por el tictac del reloj. La señora Bray no dijo nada, ni siquiera miró hacia ella, pero Laura notó la irritación en su perfil pétreo. Era probable que la mujer creyese que

se abalanzaría ante la oportunidad de hacerle caso omiso y disfrutar de una noche con la aristocracia rural. No obstante, sabía de sobra que la señora Bray no la quería cerca de ese caballero en concreto.

—Gracias, señor Kent, aunque me temo que tendré que declinar su invitación. Creo que estoy incubando un resfriado y el tiempo se ha puesto bastante frío.

Treeve mostró un destello de complicidad en los ojos.

—A mí me parece que está perfectamente sana. —Se volvió a su hermano—. ¿Y tú qué dices, Perran? Eres el profesional.

—No conozco lo bastante bien a la señorita Bra...

—Callaway —lo corrigió rauda la señora Bray—. Laura es sobrina de mi marido, de su primer matrimonio.

—Es cierto, lo olvidaba —se disculpó Perry, con el rostro colorado y cambiando el peso de un pie al otro.

—No importa —lo tranquilizó Eseld—. Es natural que se haya confundido. Y Laura es prácticamente mi prima después de tantos años viviendo juntas.

Laura notó cómo un débil sentimiento de gratitud se abría paso en su corazón ante las palabras de la joven. «Mi querida Eseld». Era probable que solo lo dijera para ganarse la buena opinión de Treeve Kent, pero, en honor a la verdad, siempre la había tratado como a una prima y no como a un añadido indeseado a la familia.

Y es que, como la señora Bray había señalado, Laura en realidad no formaba parte de la familia. No compartía lazos de sangre con ninguno de ellos. Si no hubiera sido porque Matthew Bray se convirtió en su tutor tras la muerte de su tía y sus padres, Laura estaría sola en el mundo.

Mientras Eseld y su madre se vestían para cenar en Roserrow, el hogar de los Kent, Laura ayudaba a Wenna entre los fogones; era su castigo por haber usado la cazuela favorita de la vieja cocinera y ama de llaves para limpiar uno de sus hallazgos.

El tío Matthew, visiblemente incómodo, apareció en el umbral y le pidió a Laura que lo siguiera hasta su gabinete.

—Lo siento, mi niña. Imagino que te habría gustado pasar una noche fuera. Apenas disfrutas de compañía ni entretenimiento alguno.

—Está bien, no me importa. Creo que daré un paseo y visitaré a la señorita Chegwin.

El párroco la miró con tristeza.

—La compañía de una mujer de más de setenta años no era lo que tenía en mente.

Al acercarse a su tío para ajustarle la corbata, advirtió su mentón descolgado, las largas patillas plateadas y los amables ojos de sabueso. Cómo había envejecido con los años y las pérdidas. Mientras le cerraba el cuello del gabán, le recomendó:

—Abróchese bien. Hace una noche muy desapacible.

—Sí, se está levantando viento. Si no me equivoco, antes de que acabe la noche oiremos al Tregagle ululando en pos de su alma perdida... Si es que yo creyera en esas patrañas —añadió tras carraspear—, que, teniendo en cuenta que soy un hombre de Dios, no es el caso. —Le guiñó un ojo—. La mayoría de las veces.

Se refería a la vieja leyenda de aquel hombre malvado que había vendido su alma y llevaba de este entonces errando por la costa, lamentándose de su sino. Cuando se levantaba viento fuerte, sonaba casi humano y resultaba estremecedor. Cornualles, como Laura había aprendido, estaba llena de ese tipo de mitos, aunque nada más real que sus feroces tormentas y sus mortíferos vendavales.

—Si la señora Bray no se hubiera propuesto emparejar a Eseld con el señor Kent, habría rehusado —continuó—, pero no quiere ni oír hablar de quedarnos en casa. Ruego a Dios que no tengamos que arrepentirnos.

—Vaya con cuidado —le rogó Laura. El tío Matthew era lo más parecido que tenía a una familia y no quería perderlo también.

—Iremos. —Le dio una palmadita en la mano y alcanzó su sombrero, luego se volvió—. Si sales esta noche, llévate a Wenna o a Newlyn



contigo. No me gusta la idea de que vayas sola después de que haya oscurecido en una noche como esta. No es seguro.

—La casita de la señorita Chegwin se ve desde aquí —protestó Laura.

—Por favor. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

—Muy bien, aunque tendrá que ser Newlyn, porque no me atrevo a preguntarle a Wenna. Todavía está enfadada por lo de la cazuela.

—Wenna siempre está enfadada por algo —dijo sonriendo—. Menos mal que es una excelente cocinera.



Laura entró en la cercana Brea Cottage como siempre hacía, pues su vecina le había insistido hacía ya mucho tiempo en que considerase su casa como propia. Además, era probable que, si llamaba a la puerta, la señorita Chegwin no lo oyera debido al bramido del viento.

Newlyn, bajita y poco agraciada, se sentó con resolución en el pequeño banco del porche de la entrada, negándose a ir más allá.

—Puedes entrar, ¿sabes? —dijo Laura—. No muerde.

—Ella no, pero puede que Jago sí —respondió la criada, de diecisiete años, con un estremecimiento.

—No seas tonta. Es inofensivo.

—Me da igual, esperaré aquí.

—Como prefieras.

Laura penetró en la acogedora salita y la anciana alzó la vista; en su rostro surcado de arrugas podía leerse claramente la alegría.

—Buenas noches, tesoro. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, *mamm-wynn* —respondió, llamándola «abuela» como muestra de afecto y respeto, pues sabía que a la anciana le agradaba.

Cuando Mary Chegwin sonrió, se suavizaron las líneas de su arrugado rostro, enmarcado por un halo de cabello blanco.

—*Meurras*, querida. ¿Y qué te trae por aquí en esta noche de perros?

—He venido a verla. Los demás se han ido a Roserrow. —Recorrió con la vista la humilde salita—. ¿Dónde está Jago?

—A por leña.

Los árboles escaseaban por la zona, por lo que la madera era un bienpreciado.

—Entiendo.

Laura, arrebujaada en su capa, se sentó junto al fuego moribundo. La anciana la observó.

—¿Y tú no querías ir a Roserrow?

—Yo... prefería venir a verla a usted.

La miró con un gesto de comprensión, pero no insistió. Sus ojos azules, no habían perdido un ápice de vivacidad.

—Le he traído algo —dijo Laura, extendiendo la mano.

—¿Qué es?

—Un monedero. ¿Ve qué bordado tan bonito?

—Mucho —respondió la anciana, entrecerrando los ojos—. ¡Ojalá tuviera un penique para guardármelo en él! —exclamó, riendo como una niña—. ¿Te lo has encontrado hoy?

—No. El de hoy aún está húmedo. Este me lo encontré hace un año y un día.

Mary esbozó una media sonrisa.

—Vas a tener que ser menos quisquillosa si algún día quieres convertirte en una verdadera cornuallesa.

—Si aún no lo soy, dudo que jamás lo consiga.

—Bueno, hay cosas peores, aunque ahora mismo no se me ocurre ninguna. —Volvió a sonreír.

—También le he traído pastel —dijo, al tiempo que le tendía algo envuelto en una servilleta.

Mary abrió los ojos como platos.

—¿Wenna me manda un pedazo de pastel?

—No, le he guardado el mío.

—No puedo comerme tu pastel.

—Por supuesto que puede. A usted le gusta más que a mí. Pero quiero algo a cambio.

—¿Ah, sí? —preguntó la anciana, enarcando las cejas, que parecían de alambre.

—Sí, otro cuento.

Los ojos azules de la mujer centellearon.

—Ya te conté el de la maldición de la alegre doncella, pero ¿te he contado el de los *piskies* celosos?

Laura meneó la cabeza, deseosa de oír la historia.

La anciana dio un bocadito al pastel antes de comenzar su relato.

—Una noche de luna llena, el capitán de una goleta llamada *Sprite* atisbó unas luces danzando sobre las aguas y, siguiéndolas, encontró su fin. ¿Sabes?, esos malvados *piskies* estaban tan celosos de su bello mascarón de proa que llenaron una enorme jarra del luciérnagas para atraer a los confiados marineros hasta Doom Bar. Para cuando amaneció, todos se habían ahogado y lo único que quedaba del buque era el mascarón, que, arañado por las rocas, había perdido su belleza. Ahora marca la tumba de aquellos que perecieron en la aciaga goleta.

Cuando Mary hubo acabado, Laura preguntó:

—¿Sucedió de verdad?

—¡Pues claro que sí! ¿Es que no has visto la tumba en la costa?

Laura la había visto. Pero como en la mayoría de los cuentos que Mary le contaba, la imaginación se entretecía con los hechos reales.

La joven se levantó y puso el hervidor a calentar. Minutos después, ahíta de té y el pastel compartido, le pidió:

—¿Otro?

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Mary, con una sonrisa—. ¿Contrabandistas? ¿Piratas? ¿Naufragios?

—Sí, por favor —asintió—. Los tres.

Mientras el viento arreciaba fuera, Mary comenzó una nueva historia.

—Una noche, un gran buque de tres palos navegaba por debajo de Trevoise Head. El flete incluía todo tipo de pertrechos bélicos:

mosquetes, bayonetas, chuzos de abordaje y similares. Murió toda la tripulación salvo tres hombres. Jamás se supo de qué país eran. —Mary se acercó y bajó la voz, adoptando un tono misterioso—. Se suponía que eran piratas y...

La puerta trasera se abrió de golpe y Laura dio un respingo. Jago entró con los brazos cargados de madera de deriva.

—*Meur ras*, Jago —dijo Mary—. Ciérrame esa puerta ahora mismo, anda. Está lloviznando y se nota la humedad desde aquí.

El joven, alto y ancho de hombros, dejó la leña cerca del hogar y fue a la cocina a cerrar la puerta.

Una vez de vuelta, se acuclilló para prender la lumbre.

—Dale las buenas noches a nuestra amiga Laura —lo animó la anciana.

El hombretón, de mandíbula y frente prominentes, se volvió con timidez.

—Buenas noches, Laura.

Había quienes decían que Jago tenía que estar emparentado con los antiguos gigantes de Cornualles. Algunos, como Newlyn, le tenían miedo debido a su tamaño; otros lo ridiculizaban, creyendo que era algo lento de entendederas porque no solía hablar sino con sus amigos. Sin embargo, Laura sabía que era un alma amable y considerada.

—Buenas noches, Jago —respondió, con una sonrisa.

—Tienes la cena al fuego —añadió Mary.

El mozo asintió y se dio la vuelta, agachando la cabeza para no golpearse con el dintel.

—Lo siento —dijo Laura—. ¿La he interrumpido mientras cenaba?

—En absoluto. Cené mientras Jago andaba por leña. Ha tardado más de lo habitual en encontrar suficiente para pasar la noche. —La anciana tiró de las puntas de la toquilla para envolverse en ella—. Está visto que este año vamos a sufrir un largo invierno. Gracias a Dios que tengo a Jago.

Este, como Laura sabía, no era hijo natural de la señorita Chegwin. Mary había ejercido muchos años como partera y jamás se había casado ni tenido hijos. Se lo había encontrado cuando era una criatura, abandonado en el camposanto.

«No sé por qué lo abandonaría la madre. Tal vez no estaba casada y tenía miedo. El doctor Dawe me dijo en cierta ocasión que estaba perdiendo el tiempo, que el niño estaba demasiado raquítico para sobrevivir, no te digo ya de prosperar. Cómo disfruto hoy en día presumiendo de mi muchacho, tan alto y lozano, cuando pasamos a su lado los domingos en la iglesia», le había contado una vez.

Desde la cocina les llegó el sonido del tenedor contra el plato y, poco después, una tonadilla festiva: Jago estaba tocando la zanfona. La música trajo a Laura de vuelta al presente y se puso en pie. En ese momento, el viento golpeaba las ventanas, salpicadas de gotas de agua.

—¿Le importa si acabamos la historia en otro momento? Newlyn y yo deberíamos volver antes de que la lluvia arrecie.

Mary asintió.

—*Meur ras* por la visita y por el pastel. *Nos dha*.

—*Nos dha* —respondió la joven, deseándole buenas noches igualmente. Entendía más corno del que hablaba, que en cualquier caso era muy poco.

Al salir, se envolvió bien en la capa para protegerse del temporal, mientras Newlyn refunfuñaba, sujetándose el sombrero. El viento ululaba con un tétrico quejido y Laura se estremeció, pero no de frío.

—Es el Tregagle, señorita ¡lo sabía! —exclamó Newlyn—. Estamos perdidas.

—Claro que no —le aseguró Laura.

Sí estaría perdido cualquier barco que navegase por aguas abiertas, pensó. Por el sonido, parecía que se había levantado un temible temporal por el noroeste.

En la oscuridad y a distancia se oyó un disparo y alguien gritó: «¡Barco a la vista!».

Newlyn asió la mano de Laura.

—Es mi padre.

Con cierta frecuencia, los buques, en su desesperación, intentaban acceder al puerto de Padstow para refugiarse durante las tormentas. Muchos acababan arrastrados hasta las arenas de Doom Bar, donde las olas inclementes los acababan haciendo encallar o los enviaban a las rocas de Greenaway, entre cuyos escollos acababan hechos astillas.

Laura apretó el paso para llegar a Trebetherick Point, mientras Newlyn la seguía a regañadientes. Desde lo alto, oteó las aguas agitadas a sus pies. Una sombra oscura asomaba entre las rocas. No era fácil de atisbar a través de la neblina, pero parecía un barco zarandeado por las olas.

A Laura se le hizo un nudo en el estómago y el corazón le comenzó a latir avivado por una mezcla de miedo y determinación.

—Ven. Bajemos a la playa.

—¿Está segura, señorita? No creo que su tío...

—Estoy segura. Vamos.

Laura comenzó a descender por el estrecho sendero, resbalando en la arena mojada y trastabillando al toparse con una conejera, aunque logró no caerse.

Al llegar a la playa, ya había gente reunida, esperando. Observando. Rezando.

Desde allí se veía con más claridad. La débil luz de la luna se filtraba a través de la lluviosa penumbra y los relámpagos se abrían paso en el cielo, iluminando la nave. Esta luchaba contra los elementos a unos cientos de metros de la orilla. Se bamboleaba arriba y abajo, escorándose demasiado hacia uno de los lados. Prácticamente había encallado entre las rocas y, a menos que virase en breve, las olas la destrozarían. Laura ya había presenciado algo así.

Newlyn corrió hasta un robusto pescador que había cerca y lo agarró del brazo.

—¡Ay, papá!

—Tranquila, hija mía.

La mayoría de los hombres de la zona eran pescadores, como el señor Dyer, carpinteros de ribera o marineros de balandra, empleados en cargar y descargar los buques que operaban en Padstow. Otros trabajaban en las minas de pizarra o plomo.

Laura vio cómo los miembros de la tripulación, minúsculos en la distancia, se afanaban en izar cajas y barriles para arrojarlos por la borda. Un joven nervudo trepó por las jarcias para evitar el agua que invadía la cubierta, pero una gigantesca ola azotó el navío, arrancándolo de la gavia y lanzándolo al mar. No volvió a asomar entre las aguas. ¿La tripulación había arriado ya los botes o los había soltado el mar? ¿No tendrían otro modo de escapar? Laura conocía a pocas personas que supieran nadar, pero, aunque los marineros hubieran sabido, era probable que las olas y las rocas los aplastaran antes de que alcanzasen la orilla.

—¡Dios Santo, ayúdalos! —exclamó Laura. Cómo habría deseado poder hacer algo. Que alguien pudiera hacer algo.

La parroquia carecía de material de salvamento o bote salvavidas. No obstante, las tradicionales lanchas de Cornualles, manejadas por pilotos con larga experiencia, solían servir en labores de rescate, pues su tamaño les permitía maniobrar para adentrarse en las peligrosas ensenadas y llegar hasta las víctimas. ¿Por qué ninguna había acudido esa noche? Sí, era muy arriesgado remar con mar gruesa. En el pasado muchos habían pagado con la vida su arrojo. ¿Es que no habían oído los gritos? ¿El disparo que señalaba que el buque se encontraba en apuros?

Como si le hubiera leído el pensamiento, John Dyer miró a su alrededor.

—Pero ¿dónde demonios se han metido los prácticos? —Se dirigió a un grupo de hombres que andaban deambulando por allí—. Vamos, muchachos. Intentaremos salvarlos.

—Papá, no —le rogó Newlyn—. Es demasiado peligroso.

—Alguien tiene que intentarlo —respondió el recio marinero, zafándose de su asustada hija.

La mayoría de los hombres se echaron atrás, pero tres valientes se subieron al bote de Dyer y asieron los remos.

Laura pensó en su propio padre, que también se hizo a la mar en un barco para nunca volver, y le tomó la mano a Newlyn.

Los hombres remaban a brazo partido, pero el fuerte oleaje les impedía avanzar. A unos veinte metros, una ola volcó la lancha como si fuera de juguete.

—¡Papá! —chilló Newlyn, apretándole con fuerza los dedos a Laura.

Los hombres desaparecieron bajo el bote, a merced de las olas. Laura contuvo la respiración y comenzó a rezar. Una a una fueron reapareciendo sus cabezas, pugnando por mantener la boca por encima del agua y regresar a la orilla. Algunos de los que quedaban en la playa, más motivados a ayudar a los suyos que a algún marinero desconocido, agarraron una soga y los más denodados de entre ellos se zambulleron entre el oleaje para auxiliarlos. Por fortuna, los cuatro marineros lograron volver a la orilla, cansados y contusos, pero vivos. La lancha, en cambio, había sufrido daños.

—¿Y ahora cómo va a pescar mi padre? —sollozó Newlyn—. ¿De qué va a vivir? ¿Cómo alimentará a los pequeños?

Fue llegando más gente a la playa, unos con lámparas y linternas, otros con picos. Laura observaba sus caras iluminadas por las luces, oía como daban pisotones para entrar en calor y los veía frotarse las manos con vehemencia.

El primer barril arrojado por la borda llegó flotando a la orilla y se precipitaron sobre él como hormigas ante miel derramada. Lo mismo sucedió con la primera caja y con la siguiente. Las abrían con las hachas y revelaban sus tesoros: pescado salado, una caja de higos y otra de naranjas, un tonel de vino. La gente llamaba a sus vecinos, algunos se servían del vino allí mismo, otros se llenaban los bolsillos de fruta y pescado. En la escena se respiraba el ambiente de una macabra fiesta popular.

Entre los concurrentes, Laura distinguió el cabello dorado de Treeve Kent. ¿Qué estaba haciendo él allí?



El joven trató de darse la vuelta, pero, al percatarse de que ya lo había visto, se acercó y dijo con picardía:

—Conque en casa con un resfriado...

—Conque atendiendo a la familia de mi tío...

Treeve sonrió con suficiencia.

—Sin su presencia, la velada estaba resultando de lo más aburrida. Yo... salí a tomar una pinta, oí el disparo y bajé a ver qué sucedía —se justificó, evitando su mirada.

—¿Cuánto tardará en llegar el agente?

—Menos de lo que cualquiera querriamos, imagino.

—¿Usted también?

—¿Por qué no? —replicó, encogiéndose de hombros.

Laura se mordió la lengua y volvió a prestar atención al bergantín encallado.

Por lo que parecía, tras ver cómo el fibroso muchacho había caído por la borda y se había ahogado, el resto de la tripulación había permanecido a bordo. Contó nueve o diez hombres y un chiquillo, que gritaba pidiendo ayuda. Al romper sobre la cubierta, una ola los arrojó al mar. Uno de los dos palos del bergantín se partió y, mientras flotaba hacia la orilla, Laura vio cómo un hombre se aferraba a él con un brazo, al tiempo que con el otro agarraba a un compañero, tratando de mantenerle la cabeza por encima del agua. Una nueva ola los rebasó y ambos desaparecieron de la vista. El trinquete volvió a asomar unos metros más allá y estuvo a punto de empalar a uno de los hombres en los bajíos.

Una mano desesperada surgió entre las aguas, antes de volver a hundirse.

—Ahora está lo bastante cerca, muchachos. ¡A por él! —gritó el padre de Newlyn.

Se enrolló un cabo a la cintura y se lanzó con valentía al agua, mientras sus compañeros sujetaban el otro extremo. Se alejó todo lo posible, se zambulló y, agarrando al hombre del cuello de la camisa, fue arrastrándolo hacia la orilla. Un barril a la deriva los golpeó y ambos

se hundieron, pero los amigos del señor Dyer fueron en su ayuda y, finalmente, ambos hombres cayeron rendidos sobre la arena.

El pescador se giró sobre la espalda, resollando. Newlyn se arrojó a su lado. Sin embargo, el otro hombre permaneció inmóvil.

Tom Parsons, infame raquero y contrabandista de la zona, atravesó la playa hasta acercarse a ellos. Los descuidados rizos anaranjados le asomaban por debajo del gorro. Tenía el rostro salpicado de pecas desvaídas y líneas profundas en el entrecejo. Debía de haber sido un niño encantador, pero, a los cincuenta años, a Laura le ponía los pelos de punta.

Al ver que la víctima no respondía, Tom lo zarandeó desdeñoso con la bota y murmuró:

—Muy bien.

Laura miró a su alrededor en busca de ayuda. Ojalá el doctor Dawe no hubiera ido a visitar a su hermana.

—Dele la vuelta —dijo.

El señor Dyer estaba demasiado cansado para moverse y nadie parecía dispuesto a enojar a Tom Parsons.

—¡Que alguien me ayude!

Laura se agachó e intentó volver al hombre ella misma. Un adulto desfallecido pesaba más de lo que sospechaba.

—Déjalo —ordenó Tom.

Al alzar la mirada, Laura vio cómo el raquero se cernía sobre ella con una porra en la mano.

Horrorizada al pensar que iba a golpear a una persona inconsciente, notó cómo la indignación serenaba su nerviosismo.

—No, déjelo usted.

En el pasado, la gente tenía derecho a apropiarse del flete de los naufragios sin supervivientes, pero la ley había cambiado hacía unos treinta años. En ese momento, se suponía que los bienes que llegasen arrastrados hasta la orilla debían entregarse a sus legítimos propietarios o al ducado de Cornualles. Aun así, muchos lugareños se aferraban a la costumbre ancestral, sobre todo cuando

sus familias pasaban hambre o, lo que era peor, cuando se podía obtener un beneficio. Las penas para quien robase carga iban desde una multa menor hasta la muerte, pero eran raras las ocasiones en que se atrapaba a los autores y se los condenaba.

Empujando con todas sus fuerzas, Laura movió al hombre hasta ponerlo boca abajo. Expulsó por la boca gran cantidad de agua salada y pareció que recobraba algo de vida.

—Apártate, muchacha —dijo Tom con voz estremecedoramente serena.

Sin quitar el ojo de la porra por precaución, esta se inclinó sobre el hombre, tratando de protegerlo.

—No.

El raquero levantó la corta y pesada porra.

Treeve Kent se interpuso entre ellos.

—¿Todo bien por aquí, señorita Callaway? Ah. Buenas noches, Tom.

Parsons se quedó petrificado.

—¿Qué haces aquí, Kent?

—Lo mismo que tú, imagino —respondió, forzando una sonrisa.

—Lo dudo. Esto no es cosa tuya.

La víctima del naufragio dio una gran bocanada de aire, extendiendo la mano, y agarró un puñado de arena.

—¡Newlyn! —gritó Laura—. Corre a buscar a Jago y dile a la señorita Chegwin que me espere en casa.

—Pero...

—¡Ahora!

Aunque Laura no solía utilizar un tono de voz tan autoritario con nadie, en ese momento no le quedó otro remedio que reafirmarse frente a la tímida criada. No dejaría tirado en la arena a aquel hombre desvalido ni un segundo más de lo necesario. A menos que hiciera algo, dudaba que la víctima sobreviviera mucho más, expuesto como estaba a la brutalidad del Atlántico y al aire frío de la noche, por no hablar de la porra de Tom Parsons.

Ya fuera por su empeño en quedarse junto al hombre o por la presencia de alguien de una de las principales familias de la parroquia, Tom Parsons se alejó, volviendo su atención a los barriles, toneles y cajas desperdigados, resuelto sin duda apoderarse de todo lo que pudiera antes de que apareciese el agente del ducado o un oficial de aduanas.

Poco después, la llegada de Jago, caminando torpemente por la arena, atrajo la atención de algunas miradas curiosas o desaprobadoras. Por suerte, la mayoría de la gente estaba demasiado ocupada hurgando entre las cajas o en los bolsillos de los ahogados para fijarse en él.

—Jago, por favor, llévalo a Fern Haven.

El grandullón asintió, hincó las rodillas y cargó al superviviente en sus brazos como si fuera un niño.

Laura lo siguió por la playa antes de volverse a Treeve.

—El doctor Dawe ha ido a casa de su hermana. Por favor, díglele a su hermano que venga en cuanto pueda.

—¿Cree que Perran podrá hacer algo? —preguntó, enarcando las cejas con sorpresa—. Supongo que es una posibilidad. Aunque hubiera preferido que me lo pidiera a mí.

—¿Es usted médico?

—No. Pero si me necesita, lo único que tiene que hacer es decirlo. —El apuesto joven se acercó un paso más, con un brillo travieso en los ojos—. Estoy a su disposición.

Laura titubeó. Tal vez Treeve coqueteara con ella, pero no podía ni imaginarse que sus intenciones fueran serias.

—No sé por qué, pero lo dudo —replicó, mirándolo a los ojos, antes de apresurarse a abandonar la playa.